

Mi extraña familia y yo

(segunda parte)

Las rarezas continúan...

Para los que no hayáis leído la primera parte de mi familia de monstruos, os informo de lo principal, aunque siempre la podéis leer en la página del instituto (no creo que haga falta decir cuál, ¿no?).

El caso es que mis familiares nunca fueron precisamente "normales". Vayamos directamente a que mi madre Ana es una vampiresa y mi padre Jack un hombre lobo. De tal mezcla no podían salir más cosas que éstas: mi hermana Luna, de 16 años, es una vampiresa que de noche se pone peluda. Mi hermano pequeño, David, tiene sólo seis años, pero ya es un hombre lobo (bueno, vale, niño-lobo) con el pelo blanco muy corto al que hace poco le nacieron los colmillos mezcla de hombre lobo, vampiro y humano. Y yo, Kate Moon Blood, con 12 años, un tanto de lo mismo: una humana con dientes de hombre lobo (chica loba, ejem) que tiene un antojo de sangre de vez en cuando y que por el día quiere dormir, pero por la noche no duerme.

Mi familia siempre me ha dado problemas a la hora de la vida diaria, como cuando el director del instituto quiso conocer en persona a mis padres y yo me mosqueé hasta tal punto con mi hermano (el Bocazas) que empecé a decir cosas que aún hoy desearía no haber soltado, especialmente lo de "estúpido niño lobo calvo", cuando él me mordió. La pobre de mi madre no sabía qué hacer para disimular aquel desastre, sobre todo cuando mi padre dijo que su trabajo consistía en morder animales por la noche.

El caso es que en Navidades no es un caso aparte, siempre me vuelven loca. Casi me da un ataque de nervios con mi hermano y con la familia de Manolito Gafotas (sí, el mismo), pero prefiero no comenzar a hablar de todo otra vez.

Narré algo sobre mi vida normal y recogí alguna cosilla de mi diario, pero nada que no pudierais ver, evidentemente, y resolví el misterio del asesinato en el instituto, cuando descubrí que mi extraña familia no es tan inservible si mi hermana Luna se impacienta y enseña los colmillos.

Otro día intenté transformar a mi familia en alguien normal para que mi mejor amiga Lucía no sospechase nada raro, pero lo descubrió de todos modos, y me di cuenta de que era mejor así, que muchos matarían por ser como yo.

Pero eso no cambia las complicaciones que tiene convivir con una familia así, llenita de monstruos, por eso me vi obligada a poner esta segunda parte, porque aunque escribiese mil libros no acabaría nunca de contaros con todo detalle todas las cosas peculiares que tiene mi vida, entre otras cosas porque vamos creciendo y cada día es una lucha contra nuestras rarezas.

Estaba en casa tranquilamente transformada en murciélago (por fin me sale) cuando noté como si alguien me estuviera observando. Entonces me volví a transformar en humana (si puede decirse) y abrí el armario. Mi hermano buscaba algo, o eso pensaba, por toda la ropa que estaba tirando de las perchas. Cuando abrí el armario ni se enteró de que lo había hecho, seguía estando de espaldas, agachado, revolviendo entre mis abrigos.

-¿Aparece?-le pregunté mientras le daba la vuelta.

- La verdad es que no.-decía él como si entrar en el armario de tu hermana mayor fuese la cosa más corriente del mundo.-Pensé que tu disfraz de vampira estaría aquí, pero no lo encuentro...

Sí. Por muy raro que fuera, en carnavales me disfracé de vampiresa para poder ser yo misma... Fingiendo que... Fingía.

-¿Y para qué lo quieres, monstruito? ¿No tienes suficiente con ser un niño lobo?¿Por qué quieres ser un vampiro?-de verdad que no lo entendía.

-Según la revista debo ser moderno y llevar un vestido *vampririco* -vampírico- para ser más guapo.-Me di cuenta al momento que otra vez había cogido el correo antes que yo y que había "tomado prestada" la revista "Moda Vampírica" de mi hermana Luna, otra vez.

-No hagas caso a esas tonterías. Para empezar no eres una chica, no llevas vestido.

-Pero si Luna les hace caso...

-Luna está chiflada (y es una chica). Tú a Luna ni caso.

¿Y sabéis qué pasó? Que yo a mi hermano no le llamo el Bocazas por nada. El muy traidor fue a darle la revista a su dueña, la que no pasó por alto su robo, aunque a mí me parecía que exageraba.

-¿Puede saberse por qué me la cogiste?-se empezaba a enfadar.

-Me aburría.

-¿Y quién te crees que soy yo para dejarte cogerla?

-Una chiflada.- ¡Ay!

-¿Qué?!

-Me lo dijo Kate.- ¡Ay!

-¿La Kate que yo conozco?

-¿A cuántas conoces?

-¡Solo a una! ¡Kate! ¡Ven aquí ahora mismo!

Después de eso acabé en la habitación de mi hermana con un mordisco horrible en la cara. Después de todo, un vampiro muerde en el cuello... ¡No en la barbilla! ¡Qué dolor! Aunque sea inmortal sigo teniendo sistema nervioso, que no soy una insensible. Por si no lo sabíais, eso de que un vampiro muere si le claváis una estaca en el corazón es mentira. Lo que pasa es que nos convertimos en fantasmas, pero no es nada malo. Seguro que al oír la palabra fantasma en vuestra cabeza aparece la imagen de una cosa con una sábana blanca que va por ahí diciendo "¡Uhh!" o algo así. ¡Pues ni por asomo! Lo que pasa es que veis demasiadas películas. Cuando un ser mítico muere se convierte en un fantasma, pero con la forma que tenía antes, sin sábana ni nada así. Lo que cambia es que ahora pueden ser invisibles cuando quieran y pueden flotar en el aire y traspasar paredes y objetos, sin dejar de tener su vida normal. Sólo dan

"miedo" cuando estaban siendo invisibles y de repente se hacen visibles delante de tus narices. Ahí te pegan un susto. Algunos, para protegerse de su verdadera identidad cuando están cerca de los humanos, sí que se cubren con sábanas blancas. Otros, las usan como disfraz en Halloween, para dar miedo a la gente, porque si aparecen sin sábanas los llaman espectros, y eso no les gusta absolutamente nada. Y los que arrastran cadenas es porque "murieron" en una cárcel o así, y ya está, aunque ahora son más frecuentes, ya que están de moda. ¿Que por qué lo sé? Porque cuando, por ejemplo, mi abuela-planta se secó, se convirtió en un fantasma. Además, lo próximo que hay que contar va sobre fantasmas, y para que os hagáis una idea y que no os sene a chino lo que os voy a contar lo explico todo más o menos.

Estábamos mi mejor amiga Lucía y yo en su casa, a punto de marchar a dar un paseo, justo después de que le confesara lo de mi vida de tipos raros, así que ningún problema tuvo en que entrase por la ventana como murciélago, aunque lo del sónar no se me da muy bien y siempre me pego varios golpes contra la pared, pero es normal, aprendí hace poco a volar así. Íbamos a salir cuando apareció mi abuela en fantasma delante de Lucía. Ella, del susto, se chocó con una columna y casi se mata. Antes de que pudiera preguntarle si estaba bien, mi abuela me empezó a decir:

-¡Por fin te encuentro! ¡Vuelas tan mal como un dragón obeso!-estaba obsesionada con los dragones porque escupían fuego, y la causa de la "muerte" de su madre había sido el estornudo de un dragón.- ¿Te has olvidado de algo?

"¿Y por qué no me lo preguntaste antes de que saliera de casa?", pensé yo, aunque dije otra cosa:

-No creo, ¿por qué?-Dije mientras intentaba ayudar a Lucía a ponerse en pie.

-¿No te has fijado en esto?-me dijo mientras agarraba en la mano un libro gordísimo. Y desapareció, llevándose el libro que no había acabado de mirar.

Mientras, Lucía ya se había recuperado del todo. Íbamos a abrir la puerta cuando volvió a surgir mi abuela de la nada, lo que hizo que Lucía la abriese de golpe, nunca mejor dicho, porque se llevó tal golpe con la puerta que acabó de nuevo en el suelo, con un chichón en la frente.

-¡Ya me olvidaba! ¡Parezco un dragón que ha tragado ceniza!-los dragones con la ceniza se emborrachan.-Toma el libro.

Y se fue. En el libro ponía... ¿Recetas para cocinar mosquitos? ¿Para qué quería yo eso? ¡Yo nunca he sido una planta carnívora (que yo recuerde)! En fin, cosas de mi abuela. Levanté a Lucía de nuevo y le pedí que no se asustara, que era normal. Pero no me hizo mucho caso cuando mi abuela volvió a aparecer, a la vez que Lucía agarraba el libro tan gordo. Lucía lo soltó y le cayó en un pie.

-¡Me equivoqué de libro!-dijo mi abuela.

Y se fue, no sin antes darme otro libro que ponía "Cómo volar" y coger el otro del suelo. Ayudé a Lucía a sentarse y le pregunté de nuevo si estaba bien.

-Sí, sí, no pasa nada. Aún puedo and...-se paró cuando mi abuela acababa de aparecer otra vez.- ¡Ahhhh!

-¿PUEDE SABERSE QUÉ PASA AHORA?!--eso lo dije yo, que ya me había mosqueado totalmente.

-¿He dicho que te lo leyeras?-dijo mi abuela.

Yo suspiré. No podía más. No dije nada. Le abrí la puerta y la saqué de allí.

-Oye, Lucía, ¿y si dejásemos el paseo para otro día?-Lucía se había desmayado, y yo me lo tomé como un "sí". Estaba acostumbrada a ver gente asustada por mi familia, como pasó con el director el día de la reunión, pero en el instituto pasaban cosas interesantes desde siempre, sólo que no era lo mismo. Para explicarlo, sólo diré que hasta que llegase yo, en el instituto lo más interesante que pasó fue que alguien se trajo a su pastor alemán a clase. Ahora lo que se hace es traerse a su murciélago (eso lo hace Luna, cómo no) o quedarse dormido en clase y al primero que se atreva a molestar morderle el cuello (sí, eso lo hago yo). El caso es que nadie se ha atrevido a ponerme una falta de orden desde que vio a mi familia, especialmente a los colmillos de mi madre. Dan demasiado miedo. Unos colmillos de 2,5 cm no suelen ser normales, y eso cuando los esconde, que si los deja al descubierto miden 4 cm (no me preguntéis cómo no se hace daño a ella misma).

Bueno, el caso es que mi familia no se puede cambiar, por mucho que se intente (ya probé y pasó lo contrario a lo que yo quería) y la verdad es que parecerá algo divertidísimo, diréis, pero no. Es un secreto muy grande que tienes que tener cuidado de guardar. Pongamos que te mandan dibujar a tu familia cuando tienes tres años: mejor que no sepáis el lío que se formó cuando mi hermano dibujó a cuatro monstruos, con todo detalle. Sólo diré que lo quisieron meter en un psicólogo.

En cuanto a la hora de hacer amigos nunca es fácil explicarles que no quieres ver heridas delante de ellos, no porque te den asco, sino porque te dan hambre.

A su vez, las cosas en casa son un tanto de lo mismo: Nunca puedes hacer nada sin que tenga "efectos secundarios". Para ser precisos, diré que no pasa nada por estar un día sin tomar sangre, pero se te pondrán los dientes rojos; si tomas demasiada sangre en el mismo día se te ponen negros y te quedas ciego durante una hora; si hueles ajo pierdes el olfato durante un mes; si muerdes a otro vampiro se te caen los dientes; si te casas con un humano tus hijos serán cucarachas, y cosas así. Disparatadas, pero así. Incluso hay una que dice que si revelas tu identidad a alguien humano perderás la voz, las manos y los pies durante una semana (no os imagináis lo que costó vivir así durante 7 días).

Y bien, sólo quería dejar claro que vivir con esto encima no es fácil, aunque muchos haríais lo que fuese para conseguir mi vida. Pero no es tan guay como parece si tienes que ocultársela a todo el mundo. Por cierto, no volveré a tener que cumplir el castigo de la pérdida de manos, pies, voz y dientes, porque lo escribo, no lo digo. Sí, no hace falta que lo digáis, no se me escapa una. Por si no lo sabíais aún esto es la despedida. Se me ha hecho corto el discursito en comparación con lo que duró la otra vez, ¿verdad? Pero bueno, todo tiene su fin, y se me acaba la hoja, así que iré al grano: Adiós a todos, que yo me las piro, vampiro.

Fin...
¡Otra vez!